

Imposibles hoy, posibles mañana

Acciones inaplazables para un adecuado legado intergeneracional

Federico Mayor Zaragoza

Presidente de la Fundación Cultura de Paz



Imposibles hoy... ¡posibles mañana!

Cuando vi al Presidente Barack Hussein Obama jurar como Presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, pensé con gran emoción en Martin Luther King, en su sueño que ahora se cumplía en la máxima expresión imaginable. Y envié un beso conmovido a la memoria de quien estaba en el origen de esta formidable realidad: Rosa Parks.

*Es preciso ahora,
sin demora, otra
revuelta en favor
de la sociedad
civil, de las
generaciones
venideras*

Nacida en Tuskegee, Alabama, el 4 de febrero de 1913, Rosa Parks desencadenó en la nación norteamericana el Movimiento en favor de los Derechos Humanos, iguales e inalienables para todos los ciudadanos. Frente a la segregación y el racismo, la exclusión abrió las puertas de un mañana distinto. Vivía en Montgomery, y regresaba en autobús a su casa después de una larga jornada de trabajo, cuando se negó a ceder su asiento a un hombre blanco, como correspondía hacer en cumplimiento de la Ley que estaba en vigor en Alabama (y en muchos estados del Sur) en aquel tiempo. En el transporte público regían medidas de segregación racial. Otras normas excluían la presencia de negros en determinados restaurantes y en otros espacios públicos.

Aquel día, primero de diciembre de 1955, a los 42 años de edad, con su actitud resuelta, Rosa Parks cambió el rumbo de la historia: tomemos nota. Fue una costurera afroamericana y no un líder conocido mundialmente. Así se inician los cambios trascendentales. Fue encarcelada y multada. Luego, ella y su marido, expulsados de sus respectivos trabajos, tuvieron que irse a vivir a Detroit, Michigan, en 1957.

Es preciso ahora, sin demora, otra revuelta en favor de la sociedad civil, de las generaciones venideras. Se trata de otra segregación, de otra exclusión, de otro dominio, de otro sometimiento que impide a la sociedad civil, a “Nosotros, los pueblos...”, tomar en sus manos las riendas del destino común. Se trata de otra gran inflexión histórica, que requiere que muchos actúen como Rosa Parks.

Otro ejemplo de que “otro mundo es posible” es, sin lugar a dudas, Nelson Mandela. Su ejemplo constituye hoy una estela luminosa que nos permite, en medio del vendaval de codicia, de cortoplacismo, de confusión conceptual, tener la seguridad de que, con serenidad, con grandeza de espíritu, teniendo en cuenta siempre los valores esenciales y exclusivos de cada ser humano, es posible sobreponerse, es posible alcanzar metas que secularmente nos han sido negadas y que han sido calificadas de imposibles, de utópicas, de ilusorias.

Presidente del Congreso Nacional Africano (ANC), después de 27 años de prisión, buena parte de los cuales en la Isla de las Serpientes, Robben Island, frente a Ciudad del Cabo, Nelson Mandela salió el 11 de febrero de 1989 con los brazos abiertos y las manos tendidas, habiendo tejido cuidadosamente, en los últimos años de cautiverio, unas relaciones con el poder blanco, que le permitieron, en pocos meses, transitar desde la cárcel a la presidencia de Sudáfrica, eliminando magistralmente la aversión racial del *apartheid*. “Todos los seres humanos iguales en dignidad”, ha sido la gran demostración práctica de este gigante de sabiduría, de bondad, de capacidad conciliadora, de sonreír ante la adversidad para alcanzar objetivos que, desde tiempo inmemorial, se consideraban inalcanzables.

Un comportamiento insólito, porque en lugar de clamar venganza procura la conciliación para conseguir liderar lo que constituyó su máximo objetivo, madurado exhaustivamente entre las rejas: evitar la imposición, la opresión y el dominio de pocos sobre los muchos. Al abandonar Rubben Island dijo: “Amigos, camaradas y compatriotas sudafricanos: yo os saludo en nombre de la paz, de la democracia y de libertad *para todos...*”.

Conocerle y escucharle fue para mí, en todas las ocasiones, como una brisa en medio de aire enrarecido, como una luz que esclarecía los horizontes sombríos, porque no eran sólo unos ideales compartidos sino su forma de proceder, su imaginación para hallar o inventar soluciones, su determinación cuando creía haber llegado el momento.

Mandela fue y seguirá siendo piedra angular de la nueva “aldea global” que debemos construir ahora entre todos. Para él la revolución consistía en la lucha infatigable, indomable, pacífica, por la justicia. La victoria de su pueblo, comprendiendo a blancos y negros, nunca se alcanzaría por la lucha armada sino por la vía política. Sus palabras, propias de los más eminentes personajes, son las que, de pronto, ofrecen nuevos caminos, proponen nuevas soluciones, esclarecen los horizontes del destino común.

Mikhail Gorbachev es, sin lugar a dudas, otro ejemplo de que no existen imposibles si existe una clara voluntad de hacer transformaciones que, la mayoría de veces, suponen un ejemplo de valentía y generosidad. “Los políticos solos no pueden abarcar ni enfrentar todos los desafíos que el mundo presenta hoy. La política debe interactuar con la sociedad civil y con la comunidad intelectual. En consecuencia, el diálogo es absolutamente indispensable, un diálogo de alto espectro que nos ayude a desarrollar enfoques audaces y factibles para ser capaces de resolver los desafíos de nuestro mundo globalizado. El mundo necesita una visión orientada con la voluntad y perseverancia para convertirla en realidad. Necesitamos cultivar una nueva cultura e impulsar nuevos enfoques, porque el mundo necesita una cultura de paz”. Así iniciaba Mikhail Gorbachev la tercera reunión del World Political Forum, celebrado en Bosco Marengo, Italia, el 8 de julio del año 2002. En aquellos momentos el ex Presidente de la Unión Soviética se había convertido ya en una de las figuras más relevantes de la historia. Una vez más, al escucharlo, pensaba en el error que cometían los líderes occidentales al no tomar muy en cuenta las palabras de quien había dado el ejemplo, con una imaginación y habilidad extraordinarias, de resolver uno de los desafíos más importantes del mundo contemporáneo sin el uso de las armas, sin una sola gota de sangre. Obcecados en sus cuentas y dividendos, seguían las pautas de su especialización: mirar hacia otro lado. Este no saber mirar en la dirección correcta ha llevado a la humanidad a la crisis sistémica actual.

Lo inesperado es nuestra esperanza. La transformación de los imposibles hoy en realidad mañana se debe siempre a la acción tenaz, audaz, de personalidades de este rango. Aprendamos las lecciones y no las olvidemos, porque en nuestra vida cotidiana la referencia permanente de su ejemplar valentía, visión y modales puede servir para orientar el comportamiento y dar sentido humano a las actividades de todos los habitantes de la Tierra, la casa común.

Para establecer desde ahora los posibles escenarios del mañana –la anticipación es componente esencial de las cualidades que distinguen a la especie humana– es necesario disponer de criterios muy claros y precisos en relación a la “calidad de vida” en las distintas partes del mundo, de tal modo que los diseños del futuro representen exactamente lo que deseamos construir.

Gran pacto mundial para el multilateralismo que permita poner en práctica los Acuerdos de París y la Agenda 2030

Transformar el mundo es el título de la crucial Resolución aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 2015, que incluye los Objetivos de Desarrollo Sostenible, propios de la Agenda 2030. No es de esperar que sean los gobiernos quienes aseguren su puesta en práctica. Hace tan sólo unos años, habría quedado en los anaqueles, como ha sucedido con otros proyectos muy relevantes. Pero ahora son “los pueblos”, integrados por la ciudadanía del mundo, conscientes de la naturaleza planetaria de los desafíos, los que darán cumplida respuesta. Porque ahora, por primera vez en la historia, y gracias en buena medida a la tecnología digital, ya saben lo que acontece, ya pueden expresarse libremente y, sobre todo, la mujer ya figura progresivamente, hasta alcanzar la total igualdad, en el escenario público. “Los pueblos” ya tienen voz. Y por mucho que intente distraerles el inmenso poder mediático, manifestarán su voluntad. Hay que evitar el “delito de silencio”.

El cambio climático es ya una realidad incontestable. El océano glacial Ártico ha desaparecido prácticamente y la Antártida empieza a agrietarse. No se ha logrado reducir los gases de efecto invernadero y la habitabilidad de la Tierra se deteriora sin cesar. La puesta en práctica de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), sabiamente adoptados por la Asamblea General de las Naciones Unidas en octubre de 2015 no se llevan a cabo porque no cuentan con el respaldo efectivo de los grandes países y la ciudadanía se halla bajo la presión de un inmenso poder mediático que la aturde y la convierte en espectadores impasibles en lugar de actores responsables.

Los "pueblos" ya tienen voz y hay que evitar el "delito de silencio"

De pronto, escribió Leonardo Da Vinci, ya no hay a bordo ricos o pobres, jóvenes o ancianos, blancos o negros... sólo pasajeros afanados, trabajando en común para sobrevivir, para evitar el naufragio. Ese es el consejo que ahora deberíamos difundir por todos los medios para que los “pueblos” tomen conciencia de la situación en la que, por primera vez en la historia, se halla la humanidad. En efecto, desde hace unos años, han aparecido una serie de amenazas globales como procesos potencialmente irreversibles, que exigen que se las aborde y trate “a tiempo”, antes de que sea demasiado tarde.

Son precisas unas Naciones Unidas fuertes, que cuenten con el apoyo de todos los países de la Tierra y, en primer lugar, de los más poderosos, para “evitar a las generaciones venideras el horror...”. Unas Naciones Unidas plenamente facultadas para la puesta en práctica de la Agenda 2030, asegurando que el desarrollo es integral, endógeno, duradero, humano, y que los recursos de toda índole –el conocimiento muy en primer término– se distribuyen adecuadamente, al tiempo que se preserve la diversidad sin fin de la especie humana –diversidad que es su mayor riqueza– con la fuerza que le confiere su unión alrededor de unos valores básicos aceptados por todas las creencias e ideales.

Deriva del neoliberalismo al sustituir el multilateralismo

El neoliberalismo, capitaneado contra viento y marea por el Partido Republicano de los Estados Unidos, ha debilitado el Estado-Nación y ha sustituido el multilateralismo democrático de las Naciones Unidas por la gobernanza de unos grupos oligárquicos plutocráticos (G6, G7, G8, G20) que han conducido a la presente deriva, en la cual sólo cuenta el PIB, los intercambios mercantiles y la discrecionalidad del Presidente Trump, al que nadie se atrevió a enfrentarse.

Lo más preocupante es cómo germinan aquí y allá semillas de supremacismo, de racismo, de fanatismo, de dogmatismo, sin que nadie parezca acordarse de lo que sucedió entre los años 1933 y 1939. Una gran mayoría de la ciudadanía está aturdida y obsesionada con sus equipos de fútbol. Sin tener en cuenta que las generaciones jóvenes y venideras son las únicas que merecen atención, para conseguir mantener el mundo a flote y asegurar una vida en condiciones aceptables.

Debemos recuperar a esas Naciones Unidas que permitieron al mundo remontar el vuelo desde las cenizas de la Segunda Guerra Mundial; las que aprobaron el 10 de diciembre de 1948 la Declaración

La adopción de una Declaración Universal sobre la Democracia, único contexto en el que puede asegurarse el pleno ejercicio de los derechos humanos y cumplir las responsabilidades intergeneracionales

Universal de los Derechos Humanos, que constituye una pauta de hondo calado –cuya imperiosa necesidad se agiganta en estos momentos– para orientar la gobernación del mundo. Corresponde hoy a “Nosotros, los pueblos”, reclamar, a los 72 años de ese gran referente ético a escala planetaria, la adopción de una *Declaración Universal sobre la Democracia*¹, único contexto en el que puede asegurarse el pleno ejercicio de los derechos humanos y cumplir las responsabilidades intergeneracionales.

Es importante que los medios de comunicación transmitan fidedignamente los datos sobre la sostenibilidad de la Tierra y alerten al mundo, sustrayéndose de las intencionadas noticias mercantiles y políticas que les incitan a lo contrario. Los grandes consorcios financieros deben aperebir la responsabilidad histórica que tienen, en situaciones sin retorno, de alentar y contribuir a la toma de conciencia y no a la confusión y la desmesura.

Los pueblos –“Nosotros, los pueblos”, como tan lúcidamente se inicia la Carta de las Naciones Unidas– deben tomar en sus manos, ahora que ya saben lo que acontece y que pueden expresarse libremente, ahora que ya son hombre y mujer, las riendas del destino común.

Se cambió la ayuda por préstamos concedidos en condiciones draconianas, la cooperación por la explotación, un sistema multilateral por un sistema plutocrático (G7, G8...) y los principios democráticos por las leyes del mercado. Se cambió un proyecto de desarrollo global por una economía de especulación y de guerra. Los corruptores acusaron a los corruptos quienes, como es lógico, ¡no merecían ser subvencionados!. Y todo eso se ha ido aceptando en perjuicio de la gran mayoría de los seres humanos y de una convivencia entre iguales que derive en una verdadera paz. “Aceptar lo inaceptable” sólo nos puede convertir en cómplices.

Se trata de ir reduciendo, internacionalmente, intranacionalmente, las asimetrías y disparidades, para tejer un nuevo tejido social de hebras de distinto color y tersura, de tal forma que, todos distintos, pero todos unidos, podamos evitar los desgarros, tan frecuentes como irreparables, que hoy proliferan en todo el planeta. Sólo así podrán restañarse las heridas, sólo así podrán mitigarse y evitarse tantas desventuras y sufrimientos por desamparo. Hebras distintas, pero todas ellas fuertes, resistentes, acostumbradas a soportar inclemencias. Hebras “fraguadas” en las escuelas, en las familias, en los medios de comunicación, en el trabajo, en la escucha.

¹ <https://declaraciondemocracia.wordpress.com/>

Poco a poco, las funciones de las Naciones Unidas para la construcción de la paz (*peace building*), esenciales y propias de su misión, se han sustituido por funciones de mantenimiento de la paz (*peace keeping*) y de ayuda humanitaria, al tiempo que en el escenario global los “pueblos” se han ido difuminando. Grandes conglomerados públicos y privados actúan sin “códigos de conducta” que, a escala supranacional, sólo las Naciones Unidas podrían establecer. Por eso quiero insistir de nuevo que ha llegado el momento de “Nosotros, los pueblos...”, de la sociedad civil que ya no permanecerá en silencio.

Nuevo concepto de seguridad

La pandemia del coronavirus nos mostró, que eran necesarios cambios radicales en la gobernanza mundial para evitar amenazas globales e irreversibles sobre la propia habitabilidad de la Tierra, procurando a todos sus habitantes y no sólo a unos cuantos, las condiciones para una vida digna. Ahora es imperativo reflexionar y tomar las decisiones a escala colectiva pero, sobre todo, personal, que permitan reconducir la situación antes de que sea demasiado tarde.

Hay que destacar la dramática diferencia entre los medios dedicados a potenciales enfrentamientos y los disponibles para hacer frente a recurrentes catástrofes naturales (incendios, inundaciones, terremotos, tsunamis, etc.), para comprobar, con consternación, que la “seguridad” que siguen promoviendo los grandes productores de armamento es altamente perjudicial para la humanidad en su conjunto, y que se precisa, sin demora, la adopción de un nuevo concepto de “seguridad”, bajo la vigilancia atenta e implicación directa de las Naciones Unidas. Se impone ahora con urgencia una nueva estrategia en la que nadie que atente contra el derecho fundamental a la vida quede impune. Y para reducir a la mínima expresión a los fanáticos extremistas y deshumanizados es necesario que se tenga presente lo que significa la seguridad en estos albores de siglo y de milenio.

En un mundo armado hasta los dientes, pero incapaz de disponer de la tecnología y el personal capacitado para hacer frente a las catástrofes naturales mediante una gran acción conjunta y coordinada por las Naciones Unidas, todo sigue igual. Debemos movilizarnos contra este curso aparentemente inexorable de los acontecimientos para que los gobernantes adviertan que ha llegado el momento inaplazable de poner en marcha un desarrollo global sostenible en lugar de la actual economía de especulación y guerra.

La pandemia ha puesto en evidencia la necesidad de un nuevo concepto de seguridad, en el que la salud ocupe un lugar destacado

Es imperativo que los ciudadanos del mundo –frente a amenazas globales no caben distintivos individuales– dejen de ser espectadores abducidos y anonadados para convertirse en actores decididos para que no se olvide, una vez más, lo que debe ser inolvidado: que los índices de bienestar se miden en términos de salud y participación, de calidad de vida y creatividad, y no por el PIB, que refleja exclusivamente el crecimiento económico, siempre mal repartido. Es apremiante un nuevo concepto de seguridad que no sólo atienda a la defensa territorial, sino a los seres humanos que los habitan, asegurando su alimentación, agua potable, salud, cuidado del medio ambiente, educación.

La situación que está viviendo el mundo desde el 2020 con la grave situación de la pandemia de la COVID-19, ha puesto en evidencia que en ese nuevo concepto de seguridad, la salud debe ocupar un lugar destacado. Así como la educación, la salud también debería de ser “salud para todos a lo largo de toda la vida”. Sin distinciones de ningún tipo.

El COVID-19 debe servirnos para plantearnos una nueva forma de vivir. Un estilo de vida que permita llevar a cabo el fundamento general de todos los derechos humanos: la igual dignidad. La actual brecha social y el olvido permanente de los que viven en condiciones de extrema pobreza deben superarse, teniendo siempre la mirada puesta en el conjunto de la humanidad. Ahora mismo, al conocer los datos de los efectos del COVID-19, debemos pensar en los que sufren cada día las consecuencias de patologías consideradas por la sociedad saciada como “irremediables” –desnutrición severa, carencia de servicios higiénicos, enfermedades crónicas como el paludismo, el ébola, el dengue– pero, sobre todo, de las guerras. No es posible que en los países del primer mundo se hable cada vez más de altas tasas de vacunación, sin pensar que en la mayoría de los países esta pandemia sólo ha venido a sumar muerte y enfermedad, cuando siguen sin contar con los medios suficientes para hacer frente a tantas necesidades endémicas.

En plena crisis vírica tengamos en cuenta –para que las lecciones sean realmente aprendidas y aplicadas en todo el mundo– la situación en países que siempre quedan fuera del punto de mira de los “grandes”, como la plaga de langostas que sigue causando estragos en Kenia, Etiopía y Somalia; las víctimas del sida y de la creciente insolidaridad internacional con los refugiados y migrantes. La diferencia es que en esta ocasión en que la movilidad de las personas en este mundo globalizado es tan alta, si no se inmunizan todos los países, los pobres y los prósperos, no podrán adoptarse las medidas y estilos de vida que son convenientes y apremiantes.

En resumen: ahora sí que ya tenemos voz por primera vez en la historia, “Nosotros, los pueblos” vamos a recordar las lecciones de tantas catástrofes naturales que suceden cada año y las del coronavirus para iniciar a escala global una nueva era con otro comportamiento personal y colectivo de tal manera que todas las personas y no sólo unas cuantas disfruten de la vida digna que les corresponde.

Los grandes poderes actuales siguen pensando que la fuerza militar es la única expresión y referencia de “seguridad”. Gravísimo error, costosísimo error que se ocupa exclusivamente de los aspectos bélicos y deja totalmente desasistidos otros múltiples aspectos de la seguridad “humana”, que es, en cualquier caso, lo que realmente interesa.

Cuando observamos los arsenales colmados de cohetes, bombas, aviones, barcos de guerra y submarinos y volvemos la vista hacia los miles de seres humanos que mueren de hambre cada día, y hacia los que viven en condiciones de extrema pobreza sin acceso a los servicios de salud adecuados, es insoslayable constatar y alertar sobre el deterioro progresivo de las condiciones de habitabilidad de la tierra. Conscientes de que debemos actuar sin dilación porque se está llegando a puntos de no retorno en cuestiones esenciales del legado a nuestros descendientes.

Cuando hablamos de solidaridad, pensamos con frecuencia más en el socorro que en la ayuda. El socorro será más excepcional cuanto más habitual sea la atención a los más menesterosos, cuanto más habitual sea el ejercicio de la fraternidad, de la solidaridad.

Y uno de los más falaces índices de crecimiento y de satisfacción de las necesidades básicas es el PIB, porque refleja el crecimiento económico conjunto pero no el bienestar de los ciudadanos. Lo que interesa no es saber el “desarrollo” de un país sino cómo se distribuye, en qué medida llega a cada ciudadano, cuánto beneficia a los autóctonos, en qué se invierte. Com-partir para con-vivir, para des-vivirse por los demás, para iluminar los caminos del mañana “caminando con el amor a cuestas” como nos recordaba el gran Miguel Hernández.

La pandemia a la que se está haciendo frente ha puesto de manifiesto las muy graves deficiencias del actual modo de vivir: desigualdades intolerables; globalización de la insolidaridad; falta de coordinación en servicios básicos; brotes de supremacismo y racismo; incumplimiento de deberes humanos básicos; concentración de poder global en unos pocos consorcios mercantiles; asimetrías humanamente inadmisibles en los servicios de salud.



La educación para todas las personas y a lo largo de toda la vida. Juventud, empleo y robotización

La educación es un proceso de participación en el cual debe desarrollarse la capacidad crítica, esencial para los nuevos ciudadanos del mundo. La educación para la paz debe enseñar a encontrar soluciones a los conflictos, a la guerra, a la violencia, al terrorismo, a la explotación de género, a combatir el daño ambiental y oponerse a todo lo que sea contrario a la vida y a la dignidad humana. Hay que aprender a comportarse para favorecer la transición de una cultura de guerra a una cultura de paz, de la fuerza a la palabra. La educación tiene que proporcionar conocimientos y capacitaciones para que los ciudadanos entiendan el complejo mundo en el que viven, lo gestionen democráticamente, usen equilibradamente los recursos naturales y construyan y defiendan un sistema de valores en el que estén integrados la tolerancia, la justicia, el respeto a las diferencias.

La educación durante toda la vida constituye la herramienta más poderosa de la democracia. Educación a lo largo de toda la vida, como fuerza emancipadora, liberadora, como forjadora de un comportamiento “personal”, decidido con total autonomía. “Libres, escribió Eduardo Galeano, son quienes crean, no copian. Quienes piensan, no obedecen. Enseñar es enseñar a dudar”. Ya no se trata de estructuras locales cerradas y estáticas, sino de un sistema global abierto y en continua evolución, movido por el ritmo trepidante que le impone el progreso de las comunicaciones y la aceleración de los intercambios de todo tipo.

La educación durante toda la vida constituye la herramienta más poderosa de la democracia

Los empleos son trabajos que proporciona una empresa. El trabajo – de los autónomos, de las pequeñas asociaciones y cooperativas, del inicio de muchas pymes– lo “busca”, halla, descubre o inventa uno mismo.

Hace 25 años las industrias, ya automatizadas en buena medida, tenían operarios que “vigilaban” cada cuatro o cinco máquinas. Hoy tienen robots. A los robots, también hace poco, los supervisaba una persona. Hoy lo hace un código de barras. La mano de obra es cada vez menor y reducida a actividades que, ya muy mecanizadas, requieren el concurso humano (destrezas y talento). Hemos pasado en pocas décadas de un contexto rural a un contexto urbano, a un contexto digital. Es imprescindible, cuando nos referimos al empleo y al trabajo, saber bien que estamos ante una nueva situación, unas nuevas generaciones que requieren, conceptual y prácticamente, nuevos enfoques. Estamos iniciando una nueva era y se pretenden aplicar las mismas pautas que en el pasado.

El mundo en el que hoy vivimos y al que debemos, por tanto, tener en cuenta, está siendo sucesivamente des-velado, habiendo adquirido buena parte de los seres humanos una conciencia global, una ciudadanía mundial. El número de mujeres que influyen con las facultades que les son inherentes en la toma de decisiones aumenta sin cesar. Los medios digitales, bien utilizados, permiten, además de una participación democrática insólita, alcanzar la ciudadanía plena, es decir, llevar a efecto la transición esencial de súbditos a ciudadanos. Cada vez más los seres humanos “activos” ya no son mayoritariamente hombres. La igualdad de género –piedra angular del “nuevo comienzo” que vivimos- está avanzando de forma prodigiosa y no mimética.

Sí, debemos unirnos en grandes clamores, presenciales y digitales, para que los mercados se subordinen a la justicia social y no vuelvan a producirse nunca más vergüenzas como la de haber designado gobiernos sin urnas en la misma cuna de la democracia. ¿Cómo pasar de una economía de especulación, deslocalización productiva y guerra a una economía basada en el conocimiento, para procurar un desarrollo global sostenible y humano?

La democracia actual debe inspirarse en la imaginación juvenil y la experiencia propia de la longevidad, gran logro inexplorado del progreso de la ciencia. Debemos alzar la voz para que, superando el coroplacismo y la obcecación de intereses inmediatos, la humanidad cumpla con su supremo compromiso intergeneracional, y se ocupe de la habitabilidad de la Tierra, del medio ambiente, de la calidad de vida para todos. Poder ciudadano, voz y grito en favor del 80% de la humanidad que nunca ha podido hallar albergue en el barrio próspero de la aldea global.

“Nosotros, los pueblos... hemos resuelto construir la paz para evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”... y el horror de un planeta Tierra desvencijado... Reaccionemos. Los grandes desafíos para el por-venir que está por-hacer son la igual dignidad -¡compartir!- y el medio ambiente.

Para hacer posible cuanto antes este “nuevo mundo”, la comunidad académica, científica, artística, creadora, en suma, debería tener un papel crucial ya que, hasta el momento, las decisiones de parlamentos y gobiernos se adoptan más en virtud de las opiniones de los “lobistas” que del conocimiento. Y así van las cosas.

En las tres últimas décadas se ha producido una transformación esencial en las características tradicionales del empleo y del trabajo:

La democracia actual debe inspirarse en la imaginación juvenil y la experiencia propia de la longevidad, gran logro inexplorado del progreso de la ciencia

a) Deslocalización productiva: la “globalización”, guiada por las leyes del mercado, ha trasladado muchas industrias a países en los cuales, sobre todo por las reducidas retribuciones salariales, se obtienen comparativamente grandes beneficios. El país que ha recibido más “pedidos” es China, convertida en “fábrica del mundo” con unas condiciones laborales propias de este gran coloso, transformado en poco tiempo en un raro ejemplar comunista/capitalista. Pero está claro que los “ojos neoliberales” no se fijan en estas cosas. Como tampoco se fijan en cómo se distribuyen y comercian después, en flagrante insolidaridad, desde los paraísos fiscales. Una de las cosas que ha hecho evidente la pandemia es que una gran deslocalización productiva nos hace excesivamente dependientes, como sucedió con las mascarillas y mucho del material de “primera necesidad”, que pasó a ser de uso masivo y cotidiano. Es fundamental poder garantizar la producción local de ciertos bienes. En la medida que todo se produzca fuera porque es más rentable, se pierde libertad y se genera más dependencia.

b) Automatización: máquinas cada vez más perfeccionadas han ido sustituyendo –de forma exponencial en los últimos años– a la mano de obra en agricultura, minería, grandes procesos industriales... Pero las máquinas requerían –como ya he indicado– cierta “supervisión”, que ejercían profesionales, hasta que llegó la robotización que ahora realizan la mayoría de las funciones de control y regulación. Los códigos de barras o gráficos sustituyeron a muchos “operarios”.

Junto a los importantes cambios en la índole del trabajo que acabo de esbozar, son particularmente relevantes los que se han producido en los trabajadores:

a) Preparación-información-conciencia global: hace unos años la mayoría de los ciudadanos vivían confinados en espacios muy restringidos, tanto territorial como intelectualmente. En pocas décadas, gracias a los medios de comunicación y en especial a los recientes adelantos tecnológicos, los “ciudadanos del mundo” se han incrementado rápidamente y, en buena medida, ya no es un trabajo el que ahorra al trabajador sino el trabajador el que inventa un trabajo.

b) Longevidad: en menos de un siglo, la vida media ha aumentado en 30 años (de 50 a 80). Realmente son muchos los que se jubilan laboralmente con muchos años por delante, con una calidad de vida aceptable que implica una atención médica más continuada y tratamientos crónicos.

¿Cómo puede haber creación de empleo sin obras públicas y fomento de las pymes?. Es fundamental tener autonomía para emitir rápidamente los fondos imprescindibles para estimular la creación de empresas y la reactivación de las ya existentes. Los recortes y la austeridad, tan de moda para responder a las imposiciones de los “mercados” que han llevado en muchas ocasiones a una reducción inaceptable de los efectivos personales, no son el camino. El buen camino es la democracia, desplazada actualmente por “los mercados”. Es ahora preciso pensar en primer lugar en la gente.

¿Cómo se va a crear empleo cuando el acoso de los mercados con una colosal especulación fomentada por agencias de calificación tendenciosas, obliga a los Estados a todo tipo de recortes para que, en un tiempo excesivamente limitado, reduzcan el déficit?. ¿En qué piensan los políticos cuando hablan de “crecimiento” y “creación de empleo”?. ¿Cómo se va a crear empleo si les obligan a prescindir de miles de ellos y a no realizar obras públicas? ¿Cómo se va a crear empleo si no se corrige la desmesurada deslocalización productiva? ¿Cómo se va a crear empleo con los paraísos fiscales colmados, la evasión fiscal a toda marcha y la economía sumergida? ¿Cómo se va a crear empleo si siguen invirtiendo centenares de miles de millones en armas y gastos militares?

Deberían tener muy presente la nueva naturaleza del trabajo, de los trabajadores y del país, y hacer entre todos un gran “plan de futuro” que devuelva a los perplejos ciudadanos confianza en una vida digna. Es necesario regular los flujos financieros y perseguir rigurosamente la insolidaridad fiscal y la corrupción. No se puede tolerar más la inmoralidad y desvergüenza de quienes en medio de la precariedad general cobran millonarios honorarios y “despidos”...

Es hoy necesario y apremiante, entre tantos enfoques e informes que confunden educación con capacitación y conocimiento con información, impulsar la filosofía en todos los grados del aprendizaje. Educación para ser personas capaces de “dirigir con sentido la propia vida”, según la impecable definición de D. Francisco Giner de los Ríos. La educación es, como la justicia, la sanidad y la ciencia, tema suprapartido político. Se dirige a la ciudadanía, sin discriminación alguna, y no puede concebirse desde la ideología, las creencias o identidad cultural alguna.

No más Informes PISA, propios de un sistema economicista, sino inspiración en los grandes referentes que, recogiendo a su vez las directrices de ilustres pedagogos, puedan inspirar los pilares esenciales de la educación para todos a lo largo de toda la vida: la Constitución de la UNESCO, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la Convención de los Derechos de la Infancia, el Plan de Acción Mundial

sobre la Educación para los Derechos Humanos y la Democracia (Montreal, 1993), el Informe de la Comisión presidida por Jacques Delors sobre *Educación en el siglo XXI* (1996), la Resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre el Decenio Internacional de una cultura de paz y no violencia para los niños del mundo (2001–2010) (1998), la Declaración y Plan de Acción sobre una Cultura de Paz (1999), la Carta de la Tierra (2000), entre otras.

La educación es lograr que se esté en condiciones de ejercer plenamente las cualidades distintivas de la especie humana: pensar, imaginar, anticiparse, ¡crear!. Educar para facilitar que toda persona sea capaz de diseñar su propio futuro, inventarlo, reflexionar y actuar en virtud de sus propias decisiones y no al dictado de nadie ni de dogma alguno. Son ellos, los así formados, los que pueden ahora adquirir conocimientos, destrezas y habilidades. Son educados capacitados, frente a los capacitados maleducados que resultan del proceso inverso, que tan peligrosamente promueven quienes educan para tener y no para ser.

Nos hallamos frente a un nuevo concepto de trabajo, a una mecanización y robotización imparable, que requiere que sea la máquina la que esté al servicio de la humanidad y no la humanidad sometida a la máquina. Este nuevo concepto de trabajo requiere una educación que, desde las primeras etapas, forme plena conciencia de la igual dignidad de todos los seres humanos, sea cual sea el género, el color de la piel, la edad, la ideología, y la creencia.

La educación es la piedra angular del futuro, a escala personal y colectiva. En materia de educación, la discrecionalidad, la improvisación, la imposición de un modelo determinado, de una ideología dada, siempre acaban en retrocesos sociales muy considerables. ¿Quién sabe de educación? Los docentes, las madres y los padres, los pedagogos, los filósofos, y es a ellos a quienes debemos consultar y cuyas directrices debemos seguir.

Estemos a la escucha del profesorado, de quienes normalmente de forma ejemplar están dedicados a la docencia, transmitiendo conocimientos pero, sobre todo, educando, es decir, contribuyendo a formar seres humanos “libres y responsables”, que pongan en práctica un nuevo concepto de trabajo en el que la tecnología esté siempre a la disposición de los trabajadores y no al revés.

Hoy más que nunca es imperativo romper el círculo vicioso al que nos ha conducido haber sustituido los principios éticos y democráticos por “el mercado”; la gobernación mundial por grupos plutocráticos y la competencia por la especulación... Hay que superar la inmensa incoherencia de la austeridad extrema y aumentar, sin incentivos adecuados, los efectivos laborales.

La educación es lograr que se esté en condiciones de ejercer plenamente las cualidades distintivas de la especie humana: pensar, imaginar, anticiparse, ¡crear!

Se trata de acordar un sistema educativo en el que la educación superior, además de completar la formación de ciudadanos a la altura de las circunstancias, en tiempos de grandes incertidumbres, pueda estar también en la vanguardia de los cambios radicales que son exigibles.

Los tiempos actuales demandan una adaptación en el concepto de educación pero sin olvidar nunca la esencia y los principios básicos de la misma que no se deben cambiar. Cada ser humano único, capaz de crear, nuestra esperanza. “Imaginar es ver lo que otros ven y pensar lo que nadie ha pensado”. Debemos, en estos momentos cruciales, inventar el futuro de la igual dignidad, de la vida “libre y responsable”. ¿Imposible? ¡No habrá imposibles para “Nosotros, los pueblos!”...

13 de abril de 2021

